

¿Dónde el sueño de paz y amor? ¿La mano
y las dulces palabras del hermano,
y sus pupilas y sus labios?... ¿Dónde?...

Hostil es todo. Hasta la luz te esquiva...
¡Y el lujoso palacio que te esconde
es una tumba donde yaces viva!

XI

Todo nos fué propicio en aquel día;
Naturaleza entera conjurada
estaba á mi favor. En tu mirada
desnuda el alma se ofreció. Tenía

tu rostro palideces de agonía...
Tu voz era una rosa deshojada...
¿Qué faltó? Un ademán, un gesto..., nada,
tender la mano para hacerte mía.

¿Volverá á repetirse aquel momento?
¿Penetraré de nuevo en tu aposento?
¿En él acaso, tu ilusión me espera?

La incertidumbre mis ensueños trunca,
pues si una voz me dice: —¡espera! ¡espera!,
otra voz me responde: —¡nunca! ¡nunca!

XII

¿Aún amas lo imposible? ¿En la morisca
cámara donde yaces prisionera,
con el opio mortal de la quimera
alimentas tus ocios de odalisca?

¿Aún el rebaño de tus sueños trisca
en la lujuria de una primavera
oriental? ¿Aún felina reverbera,
ébria de luna, tu pupila arisca?

¡Oh, Julieta!, ¿quisiera tu deseo
que trepase la sombra de Romeo
de nuevo á tu balcón? ¿Anhelas sólo

expirar en un beso, atravesada,
nueva Francesca, por la misma espada
que entre tus brazos traspasó á Paolo?

XIII

La fiera de mi carne está ya ahita,
y bostezando náuseas se ha dormido...
(¿Maduró ya el granado que, escondido,
el hambre torba del viajero evita?)

Saciada ya su sed, mi ardor dormita
como un ébrio que al sueño pide olvido...
(Oculto manantial ¿á dónde ha ido
tu frescura lustral de agua bendita?)

Estos ojos viciosos é imprudentes
lanzan venenos, como las serpientes,
y estas manos voraces son dos hienas...

Mi sangre el cáliz de su boca aroma...
(En dónde están tus ojos de paloma?
¿en dónde están tus manos de azucenas?)

XIV

Eres más frágil que la porcelana
donde sorbes el té. Tienes el tono
de un marfil japonés y el abandono
del crisantemo, que la hueca y vana

pompa de tus cabellos engalana.
¡Tanta suntuosidad reclama un trono!...
¡La tenue suavidad de tu kimono
es menos fina que tu seda humana!...

El té perfuma el cenador. La luna
en los marfiles y en la laca esmalta
sus paisajes de arroz... Tu pie vacila

de exiguo al caminar... Para ser una
imposible «musmée» sólo te falta
la dulce oblicuidad de la pupila.

XV

¡Acuérdate de mí!... Tu voz, la brisa
del jardín y aquel rayo de la luna
que al platear tu tez engarzó una
lágrima de infinito en tu sonrisa!...

«¡Acuérdate de mí!...», y la sumisa
caridad de tu voz sembró en mi duna
la flor de una esperanza... La fortuna
vertió en mi alma el oro de su risa...

«¡Acuérdate de mí!...» Tu acento era
para mi corazón la Primavera
nueva... La tierra apareció florida...

«¡Acuérdate de mí!...», y con tu llanto
resucitaste al ruiseñor del canto
en las marchitas selvas de mi vida!

XVI

Estoy triste, Señor... Anhelos siento
de llorar en algún rincón oscuro
igual que en mi niñez... Presentimiento
de algo que va á llegar, sombra en el muro,

eco de ignota voz, fugaz aliento
que empaña mi cristal, ¿á qué conjuro
forma habéis de adquirir?... Es un convento
la estrecha vida en que morir procuro.

Siento sobre mis hombros el agobio
de veinte siglos de prejuicios... Lloro
dentro del corazón mi ensueño herido...

¡Oh, virgencita, no vendrá tu novio!
Pasó—sombra de un pájaro—la hora...
¡Los dos inútilmente hemos vivido!

XVII

¿Siempre será la negra vestidura,
la frágil seda que tus formas vela,
para el celoso amor que me desvela
impenetrable como una armadura?

¿Nunca á la paz de tu ribera pura
arribará mi errante carabela?
¿ni á mi amor abrirá su áurea cancela
el sellado jardín de tu hermosura?

¿Es posible, que en ti, naufrague todo
anhelo de esperanza? ¿No habrá modo
de llegar hasta ti? En la impasible

serenidad astral de tu mirada,
leerán siempre mis ojos: —Nada, nada
esperes de mi amor... Soy lo imposible

XVIII

No volveré á gozar en tu mirada
la luz del Paraíso, ni el fragante
reposo de tu seno palpitante
servirá á mis cansancios de almohada,

que un ángel silencioso, con su espada
de fuego, en los umbrales vigilante,
guarda la estrecha puerta de diamante
de mi perdido Edén única entrada.

Jamás mi alma renacer espera
en la paz de tu eterna Primavera.
Para siempre tus rosas he perdido...

¡Oh, Paraíso de mi amor postrero,
cuya entrada defiende con su acero
el ángel silencioso del Olvido!

SUAVIDADES PARA LA SUAVE

I

Tienes facciones tan finas
y talle tan delicado,
que Velázquez no ha logrado
retratarte en sus Meninas.

Velan tus formas divinas
guardainfante de brocado,
y el corpiño engorguerado
con encaje de Malinas.

Las quimeras más gallardas
te rinden sus alabardas;
y tras tus pomposos trajes

de antigua infanta española,
van mis versos, como pajes,
sosteniéndote la cola.

II

«¡Amor imposible!...» Lloro
bajo tu mano el piano,
cual si sufriera tu mano
la pena que me devora.

Gime la queja sonora:
—Lloro también, sueño vano
de esta noche de verano,
que pronto vendrá la aurora!

«¡Amor imposible!» ¿Oíste
algo más dulce y más triste
—¡oh, fragante remembranza!—

que su voz, cuando á mi oído
dejó un recuerdo de olvido
perfumado de esperanza?

III

Nieva... La ciudad reposa
en paz bajo la nevada.
¡Parece que está encantada
bajo el mármol de una fosa!

¿Por qué aún me das generosa
el calor de tu mirada,
si en mi lúgubre enramada
no queda ya ni una rosa?

Una paloma aterida
va recobrando la vida
de tus senos al abrigo...

Y el corazón se querella:
—¡Si lo que has hecho con ella
quisieras hacer conmigo!

IV

¡Cuanto gozara á tu lado,
en la ausencia he padecido!
Una lágrima he vertido
por cada beso que he dado.

À la vez que mi pecado,
tu amor mi expiación ha sido,
que el amor me ha redimido
del crimen de haberte amado.

Al placer de conocerte
sólo en lo intenso se iguala
la amargura de perderte...

¡Más venturas ó dolores,
ningún otro amor exhala
el olor de tus amores!

V

Ruisefior, ¿qué pena es esa,
la que en tu canto suspira?
¿Alguna ilusión que expira
bajo un amor que la besa?

¿Amor ó dolor expresa?
¿Es la suprema mentira
del alma que gira y gira
en cárcel de rosas presa?